

Que tu trato sea natural

Fernando Torre, msp.

«Que tu trato sea natural»¹, le recomienda Concepción Cabrera a su hija Teresa de María. ¿Por qué recomendarle algo que parece obvio? Porque no lo es. Con frecuencia, el trato con los demás es artificial, postizo, estudiado², o al menos está tentado de ser así. Jesús dijo de los fariseos: «Todo lo hacen para que los vea la gente» (Mt 23,5).

Traigamos a la memoria a alguien cuyo trato es natural; ¡qué gozada estar en su compañía! Recordemos también alguna ocasión en la que nuestro trato estuvo lejos de ser natural; ¡uf, qué bochorno! Vergüenza nos da recordarlo.

Cuando conocemos a una persona, es común que queramos dejar una buena impresión. Este deseo se pervierte cuando pretendemos asombrar, sobresalir, llamar la atención o recibir alabanzas.

El trato ha de ser natural con todos: conocidos y desconocidos (la empleada de una tienda o el taxista); niños, jóvenes, adultos y ancianos; mujeres y varones, pobres y ricos; gente común y personas famosas (artistas, deportistas...) o que tienen algún cargo importante.

El trato natural no es pura espontaneidad; ha de ser educado, prudente, de acuerdo con las circunstancias y conforme a la caridad.

El trato natural es un sólido cimiento para una amistad o una relación fructífera y duradera; lo fingido o actuado, tarde o temprano queda al descubierto y contamina la relación.

El trato natural brota *naturalmente* de una persona sencilla y confiada, que se sabe amada por Dios y está a gusto consigo misma, que es libre frente a la opinión ajena y le agrada pasar desapercibida.

El trato que Jesús de Nazaret tenía con todos era natural. ¡Qué bella alabanza encontramos en unas palabras que le dirigen a Jesús sus oponentes!: «No te importa lo que digan los demás acerca de tus enseñanzas, porque tú no hablas para quedar bien con ellos» (Mt 22,16).

1 Carta escrita el 31 oct 1923, en *Cartas a Teresa de María*, México 1989, 423.

2 Lo cual no significa que sea hipócrita, falso o doble.